



VOL. 14, Nº 3 (2010)

ISSN 1138-414X (edición papel)

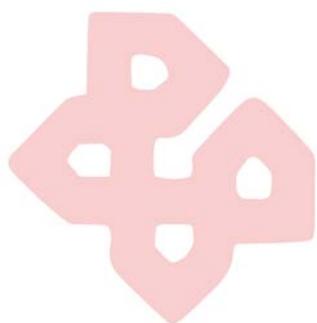
ISSN 1989-639X (edición electrónica)

Fecha de recepción 11/10/2010

Fecha de aceptación 28/12/2010

RECUERDOS DE CÓMO LLEGUÉ A SER PROFESOR UNIVERSITARIO

Memories on how I became university teacher



*Jennifer Galadí**

Investigadora de la Universidad de Granada

jenniflex@gmail.com

Resumen:

La historia escolar y formativa de los profesores que no han tenido una formación específica para la docencia, es una clave esencial para comprender su relación con la profesión. El siguiente relato está construido a partir de conversaciones con un Catedrático de Universidad de dilatada trayectoria docente que se reconoce así mismo y de manera prioritaria como docente y nos desvela algunos de los hitos de su historia escolar para entroncarlos con su actual visión de la enseñanza.

Palabras clave: relatos de experiencia, identidad profesional, formación para la docencia universitaria.

Abstract:

The school and formative history of those teachers that did not have a specific training for teaching, is key for understanding their relationship with the profession. The following story is constructed upon conversations with a Professor with an extensive experience in teaching, who declares himself first and foremost as being a teacher and who discloses for us some of his academic achievements, so as to connect them with his present view of teaching.

Key words: experience story; professional identity; training for university teaching.

* Relato de Jennifer Galadí a partir de conversaciones con Miguel C. Botella López, catedrático de Antropología Física en la Universidad de Granada, con una larga trayectoria tanto académica como investigadora, centrada entre otros aspectos, en la antropología forense.

1. Introducción

Cuando Zeichner (1985) reflexionaba sobre la “cultura latente” estaba haciendo una aportación sobre los procesos de socialización y adquisición de la cultura profesional docente desde una perspectiva de la individualización, interiorización y construcción de una identidad emergente a través de la historia personal previa al ejercicio de la docencia. La identidad sería la internalización de la cultura profesional, filtrada por el tamiz del resto de factores que constituyen la identidad y que permiten la individualización del “ethos” de la enseñanza. Los procesos de recreación y adaptación personal de la cultura profesional para crear una imagen del sí mismo en el ejercicio de las tareas y las relaciones docentes, coherente con el entorno social, serían la base de la identificación.

Uno de los atractivos de su propuesta, de naturaleza dialéctica, es que frente a la visión de una identidad profesional colectiva y homogénea, generalizada desde la sociología, el proceso de socialización es, en paralelo, un proceso de individualización personal. Zeichner, además, prioriza en su aportación los aspectos identificatorios previos al acceso a la docencia como conformadores de los procesos de socialización durante el ejercicio de la enseñanza.

Recordamos que para él, los factores de incidencia en la conformación de la cultura latente son:

- (a) *Primeras experiencias formativas.* No es igual la experiencia de estudiantes que la experiencia de profesor. Se interiorizan modelos de comportamiento a lo largo de la vida escolar. No sólo se refiere a las experiencias formativas a la enseñanza, sino también se interiorizan modelos de crianza (cómo el niño tiene que relacionarse con los adultos). El elemento clave de las experiencias formativas es el aprendizaje vicario (aprendizaje por observación).
- (b) *Influencia de personas con capacidad de evaluación.* Personas de autoridad moral para establecer patrones educativos.

Relación con agentes colaterales. Relación con personas fuera de la enseñanza, los amigos, la pareja. Pueden prestar o no apoyo a las decisiones profesionales y ayudar a conformar la imagen profesional.

- (c) *Relación con el alumnado durante las prácticas de enseñanza.* Recoge todas las líneas de investigación sobre la socialización infantil. El proceso de socialización con los niños no es un proceso unidireccional sino que el *feedback* del niño con el adulto a la vez que transmite cultura modifica su visión sobre esa cultura que transmite. El adulto cambia en la forma de relacionarse con el alumnado.
- (d) *Influencia de supervisores y tutores de prácticas.* Durante el prácticum los agentes formativos que intervienen facilitan la reflexión sobre la cultura profesional de los centros de enseñanza.

En el caso de los docentes que no han tenido una formación específica para la enseñanza, y esto es así para todos los profesores excepto los de Educación Infantil y Primaria, la historia escolar y formativa es, aún más, una clave esencial para comprender su relación con la profesión.

El siguiente relato está construido a partir de conversaciones con un Catedrático de Universidad de dilatada trayectoria docente que se reconoce así mismo y de manera prioritaria como docente, esto es, poseedor de una fuerte identidad inclusiva, que nos desvela algunos de los hitos de su historia escolar para entroncarlos con su actual visión de la enseñanza.

Evidentemente no pretendemos con este relato ilustrar ninguna relación de causalidad entre los eventos vividos y las percepciones ahora mantenidas. Antes bien, el relato que presentamos pretende ilustrar cómo los docentes son capaces de interpretar y reinterpretar sus recuerdos escolares para clarificar sus visiones generales sobre la educación y sobre la enseñanza a modo de justificación (que posiblemente el relator entiende como definitiva, pero que nosotros sabemos que es provisional) de sus creencias y opiniones.

Los recuerdos de Miguel sobre sus primeras escuelas y academias, la reflexión que realiza hoy sobre el carácter abierto y liberal de la educación recibida, su reinterpretación de los mecanismos de control de la disciplina, los problemas de elección profesional y dedicación a la docencia, las opciones tomadas, su justificación, sus causas y sus consecuencias, ilustran en este relato lo que hemos aprendido sobre cultura latente y construcción de la identidad profesional docente. Más allá del interés de las anécdotas particulares, Miguel nos ofrece un ejemplo transferible de cómo se moldea la visión de la profesión.

2. Relato del profesor

“Mi vida ha sido una sucesión de hechos gozosos” (Miguel Botella)

Si tuviera que buscar un comienzo para mi camino hacia la profesión de docente universitario, a través de mi relación con el estudio y el aprendizaje, lo haría en Madrid. Permanecí en “la capital” hasta que cumplí los cinco años y fue allí donde tuvieron lugar mis primeros aprendizajes. Recuerdo que aprendí a leer en casa de mi abuelo con una baraja de letras que allí tenía. Así me familiaricé con la “a”, con la “h” y con otras letras que uní para formar palabras y dar sentido a los carteles de las calles de la ciudad. Los últimos tres o cuatro meses de mi estancia en ese lugar estuve en un colegio de los padres escolapios.

Mi familia dejó entonces Madrid y fue a vivir a Granada, donde el primer centro en el que estudié fue en el colegio de las Mercedarias. Mi estancia fue corta, apenas un año, pero aún así fue donde recibí mi primera comunión.

Fue en el año 1957 cuando ingresé en la Academia de Doña Paquita, que estaba a cargo de una señora cuyo nombre era el mismo que el del centro. El marido de Doña Paquita, del que no podría dar datos precisos, había sido un personaje importante en el bando republicano, al que represaliaron después de la guerra civil. Ella tuvo que montar ese colegio para sobrevivir en esos tiempos tan duros de la posguerra. Me resulta curioso pensar en el hecho de que la casa de Doña Paquita, donde se encontraba el colegio, estuviera justo frente de la casa de Nestares, conocido capitán que trabajó para el bando opuesto al de los represaliados.

Los niños que acudíamos a esa escuela procedíamos de familias humildes. Yo, en particular, era muy malo. Me peleaba con todos los niños y, en las clases, me aburría muchísimo. Esto provocó que en un primer momento no me gustara nada el colegio. Sine embargo, este malestar decreció cuando los profesores fueron conscientes de cuál era el

modo en que yo prestaría más atención. Así que los profesores me dieron responsabilidades y me presionaban permanentemente. Me mandaban dos tareas a la vez, incluso de diferentes materias: tenía que escribir una redacción de Literatura y, a la vez, preparar otro trabajo de búsqueda en libros de Ciencias. Este trato despertó en mí un gran cariño hacia el colegio, hasta el punto que llegué a considerarlo como algo propio, que me pertenecía y al que yo pertenecía. Creo que fue un momento importante para determinar lo que sería mi futuro profesional.

Con respecto a los profesores que trabajaban allí, yo considero que eran de una gran categoría y que tenían una gran cultura. Una de las personas que daba clase en ese centro era Elisa Pérez Vela. Recuerdo que entonces estudiaba Derecho y para nosotros era el *súmmum* de la sabiduría. Nos enseñaba humanidades, cosas de la naturaleza, siempre con un toque de dulzura. Al crecer seguí su trayectoria profesional y ha llegado a ser miembro Tribunal Constitucional, después de ser la primera rectora de universidad en España, entre otros méritos.

De esta etapa puedo decir que el ambiente de este lugar era distinto al que tuve en mis centros anteriores, llevados por religiosas. El ambiente era más “liberal”, tan libre que me marcó profundamente.

Con nueve años tuve la enorme suerte de pasar a otra academia, la Academia del Carmen. Esta academia se encontraba también en Granada, en la calle San Matías. En este lugar conocí a una de las personas más importantes en mi vida, Don Santiago Pérez Linares. Él fue uno de los docentes del Carmen, que con el transcurrir de los días pasó a ser como un padre para mí, una persona que realmente me entendió y que me hizo comprender muchas cosas de la vida. Me enseñó criterios y maneras de actuar que aun hoy me acompañan, entre ellos que una persona debe ser disciplinada a la vez que flexible; saber cuando ceder pero ser tenaz en el trabajo. También me enseñó que sólo hay una manera de hacer las cosas bien; una persona puede conseguir todo lo que se proponga siempre que vierta en ello todo su interés. Don Santiago moldeó el núcleo de mi comportamiento. Nos enseñaba a través del ejemplo. Cuando salíamos de excursión con él nos empapábamos de su conducta, siempre queríamos imitarlo. No tardó en conocerme y sacar lo mejor de mí. Él me obligaba a hacer muchas cosas y a trabajar mucho; me presionaba, pero a la vez me daba confianza. De hecho, tenía tanta confianza en mí que me daba la llave de su despacho, me daba cometidos que a un niño no suelen darse, como abrir la caja fuerte, traerle sus cosas... Él tenía la idea de que yo podría hacer cualquier cosa.

También hay que decir que no sólo con palabras nos instruía; algún que otro “guantazo” recibimos después de hacer de alguna de las nuestras. Uno de los días de clase hice una travesura, de la cual ya no me acuerdo; pero lo que no olvidó fue su consecuencia. Me mandó para que fuera a su lado y me dio un dibujo. Era un rectángulo estrecho, de unos veinte o veinticinco centímetros de largo. Me dijo que lo llevara al carpintero para que cortara un trozo de madera de las mismas medidas. Yo, todavía sin saber que es lo que iba a ocurrir, fui veloz a cumplir la misión que me había encargado mi maestro. Cuando regresé a devolverle el trozo de madera que había cortado el carpintero me dio una lija y unas palabras: “Líjela usted mismo que la va a estrenar”. Así que allí estuve yo preparando la tabla con la que después vino el castigo de verdad. A los años, cuando fui a visitar a Don Santiago, todavía tenía la misma tabla y le pedí que me la regalara. Y aun la conservo.

Una de las anécdotas que más influyo en mi futuro profesional estuvo relacionada con este profesor. Un día, cuando yo tenía unos trece años, un hombre apareció con una

publicación para Don Santiago. A mi profesor no le interesó y la tiró a la basura, con la suerte de que yo presencié la escena y la salvé. Era un trabajo sobre las excavaciones que se habían realizado en la cueva de la Carihuela. Me lo leí mil veces y decidí ir a Piñar, a conocer ese lugar, conocer las cuevas. A partir de ese momento me interesaron temas como la Prehistoria, la Antropología y la Arqueología. Eran apasionantes las piedras prehistóricas para un niño que hasta ese momento tenía una nula cultura sobre el tema. Aún hoy conservo esa publicación que cayó en mis manos. La casualidad hizo que no sólo leyera sobre ese lugar, sino que trabajara durante tres años en esas cuevas. Mi vida profesional se ha movido en torno a ese lugar y ese trabajo que le llevaron un día a don Santiago Pérez Linares.

Por tanto, desde muy joven tenía muy claro cuál sería mi trabajo en el futuro. Realicé así mis estudios universitarios en Granada, finalizando las licenciaturas de Medicina y Arqueología.

Realmente la carrera de Medicina no me gustó nada; yo sólo la hice para conocer más sobre huesos, con la mala fortuna de no aprender casi nada de lo que yo quería. Aunque Medicina contaba con consideración social, con más prestigio (no sé si con más sueldo) yo quería dedicarme a mis huesos y mis piedras: a la Arqueología. Mi padre no me comprendía, pensaba que era un loco.

Pero hubo un acontecimiento que le abrió los ojos. Siendo aun estudiante convocó la Real Academia un concurso de Medicina, el premio Federico Loire. Yo envié una de mis investigaciones, que finalmente quedó en segundo lugar. En ese momento, una vez que se había emitido el fallo, el tribunal fue consciente de que yo aun no estaba licenciado (una de las bases para presentarse al concurso), lo que ocasionó un cierto problema, puesto que no podían darme el premio. Este embrollo se solucionó pronto y yo pude recibir el galardón. Mi maestro y mi padre estuvieron muy orgullosos de mí y, además, mi padre cambió de actitud hacia mis preferencias profesionales.

En mi etapa universitaria hubo dos profesores que me marcaron: en Arqueología el profesor Arribas y en Medicina el profesor Guirao.

Mi historia con Guirao no comienza con él, sino con su padre, del que fui alumno. Era Catedrático de Anatomía y se jubiló a los setenta años. Aun estando jubilado pidió ser profesor ayudante sin cobrar, así que con ochenta y cuatro u ochenta y cinco años, tuve el honor de recibir sus clases, que eran excepcionales. Él era un hombre cariñoso, magnífico. Fue su hijo quién, cuando yo cursaba segundo de Medicina, me invitó a montar y trabajar conjuntamente en el laboratorio de Antropología física donde aun estoy.

Arribas, por otro lado, me acogió en el Departamento de Prehistoria, aunque no estuviera cursando esos estudios. Vio mi inquietud hacia la Arqueología y me acogió. Me dio total libertad para poder trabajar y creo que fui la persona más joven en llevar a cabo una excavación arqueológica con diecinueve años.

Mientras estudiaba estas carreras, tuve también que trabajar para poder pagarme los estudios. El primer empleo que tuve fue de fontanero. Después me ofrecieron ser profesor en la Academia del Carmen, de la que antes he hablado. La educación era muy distinta a la que se encuentra ahora en las escuelas e institutos. La enseñanza era "libre", esto quiere decir que estudiábamos todo el año la materia y en dos días nos examinábamos de ella; además, quienes nos evaluaban no eran nuestros profesores. Los niños a los que yo impartía clases se preparaban todo el año en la Academia para examinarse en el Instituto. La enseñanza tenía que ser muy completa, para que los alumnos estuvieran lo mejor preparados para su examen.

Las clases que yo daba estaban enfocadas a alumnos de bachillerato de primero a cuarto¹. La norma del colegio era que primero había que preguntar la lección del día anterior y después se explicaba la nueva. En este lugar fue donde modelé mi manera de dar clases. Allí es donde aprendí como enseñar a los alumnos. Descubrí la importancia de la relación profesor-alumno, que debe ser cordial, abierta. Debemos ser conscientes de que lo único que nos separa es la edad. Los alumnos son como yo, pero más jóvenes.

Después de estos años de trabajo y estudios, el mismo día que terminé la carrera me ofrecieron un puesto de profesor ayudante en la Universidad de Granada, que acepté. Nadie quería trabajar de docente puesto que los médicos clínicos ganaban más y tenían más prestigio social. Seguramente ellos ganaron más dinero, pero difícilmente fueron más felices que yo. Este trabajo en la Universidad lo compaginé con un puesto en la Diputación Provincial de Granada, como Jefe de Antropología y Arqueología durante más de quince años, hasta que dejé este segundo trabajo para dedicarme únicamente a la Universidad.

Actualmente, no sólo imparto docencia en la carrera de Medicina, sino que también lo hago en Biología, en un Doctorado y un Máster sobre Antropología Física Forense. Aunque me encanta dar clases, tengo que decir que no es lo que más me gratifica. Lo que más me entusiasma es el contacto con los alumnos, ver cómo son capaces de aprender y sentir que soy capaz de ilusionarlos.

No solo mis alumnos han aprendido de mí, sino que yo he crecido mucho gracias a la docencia. La experiencia en el aula es inigualable, te permite darte cuenta de cómo cambia la gente y de cómo mi percepción está cambiada a veces. Puedo contar como ejemplo una anécdota que me sucedió hace unos años. Estuve en Francia estudiando una zona muy concreta del cuerpo humano (el ligamento lumbo-sacro). Estuve más de veinte días solo haciendo disecciones de ese ligamento; hasta llegué a creer que era el que más sabía del mundo sobre eso. Un tiempo más tarde, ya en Granada, en clase de Anatomía tuve que explicar la lección referente a ese ligamento. Di una lección magistral, salí de clase casi besándome yo mismo, ya que estaba convencido de que había impartido una gran clase. Al día siguiente una alumna levanto la mano y, cuando le di la palabra, me dijo que no había entendido nada de lo que había explicado el día anterior. Aquello me hundió en la más absoluta de las miserias. Pero realmente la alumna tenía toda la razón: quería transmitir tanto, que al final se quedó en nada. Con esta anécdota aprendí que lo importante no es la información que se da, sino cómo hacerlo para que llegue a los estudiantes. Un investigador esta incompleto si no es también docente, si no es capaz de transmitir los conocimientos y habilidades para llevar a cabo la profesión.

Este es, a mi juicio, uno de los mayores problemas de la Enseñanza Superior en estos momentos: la mera transmisión de conocimientos que crea papagayos. Hemos llegado a un punto en el que la manera de dar clase difícilmente puede motivar al alumno. Y si no se motiva, el aprender no tiene sentido. Se ha pasado de la transmisión de pensamientos a la transmisión de conocimientos. Las clases nos las organizan, los contenidos vienen reglados desde instancias superiores. Aún así, yo intento que mis clases sean lo más participativas posible, intentando promover el debate. Yo no pido a los alumnos conceptos, les pido que interés. Les pido que sean capaces de crear sus propias ideas, que sean capaces de pensar. Les pido que se queden con la "música" y no con la "letra".

¹ Bachillerato Elemental, que constaba de cuatro cursos, con materias independientes impartidas por licenciados. Al final del mismo, una "reválida" daba acceso al Bachillerato Superior, del que, a través de un curso Preuniversitario, se accedía a la Universidad.

Recuerdos de cómo llegué a ser profesor universitario

Nos encontramos en un mundo más especializado, más técnico; esto puede ser positivo o no, pero ha ido en detrimento de un conocimiento integral de la persona. El alumno estudia demasiado, sobre todo en nuestra Universidad. Hay una acumulación de datos que no le permite opinar, solo tragarse el temario de las asignaturas. El mayor problema de esta Universidad es que no se enseña a tener espíritu crítico. Estamos creando borregos.

Deberíamos abrir la educación universitaria a todos los conocimientos, a todas las críticas. El alumno tiene que criticar, es su obligación, es joven. No debe creerse lo que le dice su profesor; el alumno tiene que discutir, hay que enseñarle a hacerlo y lo que estamos enseñando es a hacer lo contrario, a memorizar los conocimientos que imparten los docentes.

Referencia bibliográfica

Zeichner, K.M. (1985). Dialéctica de la socialización del Profesor. *Revista de Educación*, 277, 95-123.